¿Cómo formar espiritualmente a nuestros estudiantes?

Reflexiones en torno al concepto "interioridad" del papa León XIV

Cristian Núñez-Durán / Mario Inzulza
Facultad Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile

En 1941, Karl Raher publica su libro "El Oyente de la Palabra". En este texto, el teólogo alemán sostiene una máxima antropológica que acompañará toda su reflexión teológica: a saber, el ser humano es un ser abierto a la revelación y a la escucha de la palabra de Dios. Podemos oír a Dios porque Él mismo nos ha creado así. En su estructura más fundamental, todo hombre y mujer es capaz de oír y responder a Dios.[1]

84 años más tarde, en 2025, Byung-Chul Han publica su libro "Sobre Dios. Pensar con Simone Weil". En las primeras páginas del texto, el filósofo surcoreano realiza la siguiente afirmación: "No es Dios quien ha muerto, sino el ser humano al que Dios se revelaba".[2] A su juicio, la crisis actual de la religión no radica en los contenidos mismos de la fe, sino en razones estructurales que nos impiden relacionarnos con Aquel a quien esos contenidos de fe buscan nombrar. Porque tenemos baja capacidad de atención – sentencia Han -, hoy somos incapaces de oír a Dios. Saturados de estímulos, hemos perdido sensibilidad auditiva para relacionarnos con el Misterio.

Ahora bien: ¿qué significa haber perdido capacidad de atender a Dios? ¿Antes podíamos oírlo, y ahora no? Y si hemos perdido esa capacidad, ¿es recuperable? El concepto de "interioridad" planteado por el papa León en su carta apostólica "Diseñar nuevos mapas de esperanza", ¿aporta nuevas luces a esta problemática? ¿Qué desafíos representa este debilitamiento de estructuras humanas para la misión de las instituciones católicas, que deben formar integralmente a sus estudiantes en contextos plurales? A continuación, intentaremos responder a dichas preguntas a partir de la noción de "interioridad" propuesta por el Papa León, complementándola con otra noción que, a nuestro parecer, funciona mejor en el contexto contemporáneo actual: a saber, la palabra "espiritualidad".[3]

1. La formación interior.

Partamos por la noción de "interioridad". Esta palabra es muy significativa para el Papa Léon. Como buen agustino, es sensible a la antropología de San Agustín sobre "el hombre interior": "*No salgas fuera; vuelve a ti mismo. En el hombre interior habita la verdad*"[4]. Lejos de invocar un repliegue individualista o psicologizante, el Papa propone la "interioridad" según la teología agustina: es decir, el encuentro con uno mismo -la interioridad- conduce simultáneamente al encuentro con la verdad, con Dios y con los demás. De hecho, en sus intervenciones en contextos educativos, el Papa suele vincular la palabra "interioridad" con los conceptos "unidad, amor, comunión y alegría"[5]; y en la encíclica *Magnifica Humanitas*, el rechazo al intimismo es explícito, insistiendo que educar a los jóvenes es prepararlos para la "libertad interior."[6] Igual que San

[1] Rahner, K. (1967). *Oyente de la palabra: Fundamentos para una filosofía de la religión* (A. E. Lator Ros, trad.). Herder.
[2] Byung-Chul Han (2025) *Sobre Dios. Pensar con Simone Weil*, pg.13
[3] Además, ¿es necesario que hagamos algún tipo de aporte, no? Solo contando el viaje para llegar aquí, hemos recorrido 12,000 km, sin conta que, entre los dos, hemos aportado casi 2,5 toneladas de CO2 al calentamiento global. Se tiene que justificar que estemos aquí.
[4] *De vera religione* (La verdadera religión), capítulo 39, n.°72.
[5] Cfr. León XIV, "Discurso del Santo Padre León XIV en el encuentro con los educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo," *La Santa Sede*, 31 de octubre de 2025
[6] León XIV, *Magnifica Humanitas*: Carta encíclica sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial (15 de mayo de 2026), n.º 238, Vaticano. El concepto "libertad interior" aparece también en los números 136,146 y 170.

Agustín, León XIV sabe que nuestra vocación más íntima – representado en la imagen del corazón – es buscar inquietamente al Señor hasta encontrarlo y así descansar en Él.[7]

¿Con qué propósito el Papa utiliza el concepto "interioridad"? Aquí también parece seguir las intuiciones de San Agustín. Para el Santo, el problema humano fundamental no es la falta de "información", sino la dispersión; el ser humano vive volcado hacia lo exterior y pierde contacto con aquello que ocurre en su interior. León XIV, entonces, al recuperar el lenguaje de la "interioridad", refiere directamente a una forma contemporánea de esa dispersión: a saber, el exceso de estímulos, la hiperconectividad, la dificultad para el silencio, el predominio de lo inmediato y el debilitamiento de la capacidad reflexiva. Frente a una sociedad que nos empuja hacia indicadores externos, el Papa recuerda la importancia de la vida interior y del reconocimiento de los propios deseos; ante fuerzas que intentan "capturar nuestra atención", debiéramos resistir cultivando instancias para "sostener la atención". La atrofia auditiva a la que aludíamos al comenzar esta presentación estaría directamente vinculada a la dispersión y pérdida de vida interior.

Según esto último, ¿cuál sería el papel de las instituciones educativas católicas en la formación integral de sus estudiantes en contextos plurales? Como parte de su identidad católica, dichas instituciones debieran garantizar espacios que cuiden y nutran la libertad interior de sus estudiantes, evitando actividades que incrementen la dispersión que ya viven. En términos más concretos, quienes trabajan en instituciones educativas católicas debieran ayudar a que sus estudiantes reconozcan la existencia de ese "hombre y mujer interior" en ellos, utilizando medios que ayuden a nutrir ese espacio – por ejemplo, la posibilidad real de hacer silencio y contemplar, el acompañamiento personal y el diálogo profundo, la búsqueda del sentido y el discernimiento de las decisiones -, y evitando dinámicas que sólo incentivan la dispersión cotidiana – por ejemplo, el aprendizaje academicista de los contenidos, la competitividad en las evaluaciones, o la desproporcionada preocupación por la futura retribución económica –. Al acompañar a los estudiantes en el fortalecimiento de una interioridad robusta, las instituciones católicas evitan cualquier tipo de proselitismo, al tiempo que aportan en la creación de ese lugar donde cada uno libremente pueda escuchar a Dios. La sordera, entonces, sería reversible. Podríamos decir, según todo lo visto, que la formación de la "interioridad" propuesta por el Papa da buenas respuestas a las preguntas planteadas al inicio.

1. La formación espiritual

Entonces, ¿qué sentido tiene proponer otra noción: en este caso, espiritualidad? ¿No basta con el concepto "interioridad" para ilustrar la tarea formativa de las instituciones católicas para con sus estudiantes? ¿Acaso vamos a criticar al Papa… en su casa…y luego de habernos recibido?

Si bien las palabras "interioridad" y "espiritualidad" pueden considerarse teológicamente primas-hermanas – es decir, son términos que apuntan a una realidad más o menos similar -, creemos que el término "espiritualidad" sortea mejor una dificultad semántica que, en nuestro mundo contemporáneo, la palabra "interioridad" suele coloquialmente adquirir: en concreto, el cultivo de una intimidad de corte individualista. Quienes no hemos leído a Agustín en profundidad o desconocemos los matices de la tradición teológica de la Iglesia, tendemos a ilustrar la interioridad según las categorías "dentro-fuera" o "interior-exterior". Según este esquema, lo interior sería ese espacio "distinto, íntimo, separado" en donde podemos estar tranquilos con nosotros mismos, al resguardo de la inquietud exterior. Dicho en términos espaciales, la interioridad sería ese lugar

[7] Confesiones, I, 1, 1

donde puedo estar solo; y en términos temporales, ese momento consagrado a lo mío. Aunque estas afirmaciones estén teóricamente muy alejadas a lo que propone el Papa León, el temor que produce el cambio climático, las guerras, la IA, la precariedad del trabajo y todos los demás monstruos que conviven con nosotros a diario, hace que nuestros contemporáneos entiendan la vida interior como un lugar de resguardo emocional… una suerte de refugio psíquico a escala humana. Así, lo que las maratones generan en quienes nos acercamos a los 50 años – es decir, debiera cambiar mi vida sedentaria, comprar zapatillas y ponerme a entrenar -, ese mismo efecto causaría el llamado a la interioridad en quienes vivimos con la atención desperdigada en mil partes: es decir, debiera leer más, guardar silencio, o incluso rezar… porque "tengo que cuidarme". ¿Cuál sería el resultado de todo esto? El término mismo de "interioridad" provocaría lo que el Papa quiere evitar: exceso de preocupación por lo propio y, por tanto, mayor sordera para con Dios.

Pero sobre la palabra "espiritualidad", ¿acaso no recaen también sospechas? Claro que sí. En el lenguaje cotidiano, "espiritualidad" se utiliza para nombrar algo "indefinido y transparente, casi ambiental" que se contrapone a las dimensiones materiales y racionales de la existencia. La libertad del espíritu suele diferenciarse, antagónicamente, de las restricciones que impone la materia y la razón; así, lo espiritual no estaría conectado necesariamente a la experiencia concreta y, por tanto, a la acción. Además, la palabra "espiritualidad" evoca, casi automáticamente, una distancia de cualquier modo de pertenencia institucional. Porque mientras las estructuras "constriñen, enmarcan y limitan", el espíritu es "libre, impredecible e ilimitado".

Este uso coloquial del concepto "espiritualidad" no hace justicia – así como lo vimos con la palabra interioridad - a la tradición de la Iglesia. En términos generales, la reflexión teológica describe la espiritualidad según cuatro características: en primer lugar, "espiritualidad" es la vida guiada por el espíritu en todas sus dimensiones: afectivas, materiales, sociales, intelectivas. La espiritualidad no es una dimensión separada de otros aspectos de lo humano, sino que los incluye en su totalidad. En segundo lugar, la espiritualidad se distingue de las "actitudes religiosas" o de "una religión en concreto". Dicho de otro modo: si bien una persona religiosa o con una afiliación religiosa particular sí debiera ser espiritual, esta máxima no se cumple a la inversa: es decir, una persona espiritual no necesariamente debe ser religiosa o adscribir a una religión particular. La razón de esto es clara: mientras la espiritualidad es una capacidad humana que puede formarse, la fe es un don que se recibe gratuitamente. En tercer lugar, la imagen espacial de "profundidad-superficie", que también están presente en la noción de interioridad, expresa la idea que una persona espiritual suele habitar en la profundidad de su existencia y, desde ahí, toma posición frente al mundo que la rodea. Quien es espiritual no es superficial. Y en último lugar, la vida espiritual es la capacidad de alteridad y apertura. Así, mientras la noción "interioridad" utiliza fundamentalmente el binomio "interior-exterior" para describir la relación consigo mismo y con la trascendencia, la espiritualidad ilustra esta relación a través del binomio "apertura-encierro". Según esto, el hombre y la mujer se realizan no sólo cuando tienen una vida interior, sino cuando esa capacidad lo abre a otros y les permite donarse. Un ser humano espiritual está llamado a abrirse al exterior y, desde esa exterioridad, encontrar el sentido y propósito de su vida.[8]

Y es justamente esta última característica donde el uso cotidiano y la tradición de la Iglesia coinciden, volviendo palabra "espiritualidad" preferible a cualquier otro concepto en vistas a la formación de estudiantes en ambientes plurales. En ambos contextos lingüísticos, "espiritualidad"

[8] Cfr. Gargantini, Daniela, Arantzazu Martínez Odría, Miquel Martínez Martín, Cristian Núñez-Durán, y Mario Inzulza. «Aproximaciones a la noción de espiritualidad y condiciones para su promoción en los proyectos de aprendizaje-servicio». RIDAS. Revista Iberoamericana de Aprendizaje Servicio: Solidaridad, Ciudadanía y Educación. RIDAS. Revista iberoamericana de aprendizaje servicio: Solidaridad, ciudadanía y educación, n.º 20 (2025): 88-106.

refiere a las dimensiones afectivas del ser humano que lo vuelven poroso a aquello que lo rodea, poseedor de un estilo de vida que se deja afectar por el mundo y que, desde ahí, desarrolla sus propias capacidades. Quizás esta asociación haya transformado la palabra "espiritualidad" en un concepto tan útil en variadas disciplinas no necesariamente humanistas: ante miradas más materialistas y mecanicistas de la realidad, se busca léxico para nombrar - pero sin vinculación a alguna tradición religiosa particular - aquello intangible que oriente el quehacer más allá del resultado medible y anticipable. En sintonía con la tradición de la Iglesia y el uso cotidiano, entonces, proponemos que las instituciones que forman integralmente a sus estudiantes debieran formarlos "espiritualmente": es decir, ayudarlos a abrirse generosamente al exterior y, en dicha apertura, encontrar el sentido y propósito de la existencia.

Estamos muy disponibles para quedarnos aquí en Roma y discutir personalmente con el papa León este punto. Nos gustaría mucho explicarle por qué, antes que todo, debemos buscar medios que hagan, a nuestros estudiantes, hombres y mujeres capaces de alteridad y apertura. Aunque parezca extraño, la capacidad auditiva perdida no sólo se afina en el silencio de la vida interior, sino fundamentalmente en medio del barullo del mundo exterior.

2. Cinco afirmaciones sobre la formación de los estudiantes

Volvamos al inicio de esta presentación. Según Byung-Chul Han, los seres humanos hemos perdido ese oído fino para escuchar a Dios; en un mundo ensordecedor que nos reduce la posibilidad de prestar atención, nuestra capacidad auditiva de Dios se ha reducido casi al mínimo. Es difícil hoy oír al Señor, porque Él habla sin levantar la voz, en la intimidad de la conciencia y del corazón humano.

Si bien coincidimos con Han en este análisis, creemos que el filósofo surcoreano olvida la certeza teológica que subyace a la afirmación de Karl Rahner destacada también al inicio: a saber, que el ser humano es, estructuralmente, capaz de Dios. Podemos escuchar a Dios porque, cada uno de nosotros, hemos sido creados sensibles a Su palabra. Ahora bien, esta capacidad auditiva nos hace sensibles no sólo a Dios mismo, sino a todo aquello que Dios ha creado a través de su Palabra. Dicho de otro modo: porque la gramática divina está inscrita en todo lo creado, estamos también capacitados para reconocer, en lo existente, la bondad, belleza y sabiduría de Dios.[9] Para quienes somos creyentes, entonces, la confianza en Dios supone ese doble acto de confianza: por un lado, que ningún hombre y mujer es teológicamente sordo; y por otro, que oír a Dios implica poder "reconocerlo" estructurando todo lo que existe. Telúricamente, lo profundo de lo real habla de Dios.

Esta doble certeza– es decir, que debemos cuidar nuestra capacidad auditiva, pero confiando que la Palabra de Dios se nos comunica directamente, al tiempo que lo estructura todo -, nos invita a arriesgar cinco afirmaciones sobre cómo abordar la formación integral en instituciones católicas. Muchas de estas afirmaciones se desprenden de lo anteriormente dicho, pero las presentamos aquí ordenadamente.

1. En primer lugar, una institución católica no debiera confundir "la formación religiosa" con "la formación espiritual" de sus estudiantes. Entre varias razones, destacamos aquí dos: en primer lugar, la formación en determinada religión siempre debiera ser "una propuesta",

[9] Sobre este punto, la filósofa Edith Stein sostiene que "*no hay ser alguno carente de espíritu. La materia informada es materia atravesada por el espíritu*". Stein, Edith. «Estructura de la persona humana». En Obras Completas. Escritos antropológicos y pedagógicos (Magisterio de vida cristiana: 1926-1933), IV, traducido por José Mardomingo. Monte Carmelo (2003), 693.

mientras que la formación espiritual debiera estructurar toda la oferta formativa, siendo incluso razón que justifique la existencia de dicha institución. Quien pase por una institución católica, independiente de su procedencia o creencia, debiera fortalecer la capacidad de alteridad y apertura gracias a los medios que dicha institución puso en su formación. Es parte, de la identidad católica de una institución, formar espiritualmente a sus estudiantes. Y en segundo lugar, las instituciones católicas debieran comprender que sólo una formación espiritual sólida posibilita una vida religiosa real y fructífera; en caso contrario, las afirmaciones de fe se "creen en sí mismas", corriendo el peligro de desvincularse del Misterio al cual apuntan. Sin capacidad de apertura y alteridad, cualquier experiencia religiosa corre el riesgo de quedar des-enrraizada de la vida concreta, dando pie a fundamentalismos y eventuales manipulaciones. Una fe así puede incluso desertificar la vida espiritual. Puede ayudar la siguiente imagen: en los años 90, se introdujo en Chile desde California un tipo de árbol que crece muy rápido en el suelo de la zona sur del país. De hecho, si viajan a esos lugares, verán cientos de hectáreas con pinos altos que producen mucha madera. Para la gente de ese lugar, sin embargo, esta abundancia no es una bendición. Todo lo contrario: lo llaman el desierto verde. Estos árboles, por no ser nativos, están erosionando la tierra de manera acelerada. A causa de su acidez, los árboles están desertificando el lugar, impidiendo que cualquier otra cosa crezca ahí en el futuro. Si bien el ejemplo puede matizarse, ¿no les suena parecido a la agotadora experiencia que muchos estudiantes han tenido en nuestros colegios y universidades: es decir, que no quieren escuchar hablar más de Dios y la religión? La fe debiera brotar como un don "desde la tierra misma", nativamente, y no ser una experiencia ajena que se introduce con más o menos éxito.

2. La segunda idea que quisiéramos resaltar es la siguiente: cualquier contenido académico, independiente incluso de la metodología, posibilita la formación espiritual de los estudiantes. En muchas instituciones católicas, se tiende a equiparar la formación integral de los estudiantes con los cursos de teología, la propuesta de la pastoral y, en el mejor de los casos, con las actividades sociales de ayuda directa a los más pobres. Si bien todas estas instancias capacitan a la apertura y alteridad, una institución preocupada de la formación espiritual de sus estudiantes debiera procurar que dicha capacidad se cultive, por ejemplo, a través del funcionamiento de los átomos, la complejidad de la neurociencia, la tensión de los movimientos sociales, la simplicidad de un acorde musical. Así, todo contenido que ayude a provocar curiosidad en los estudiantes más allá del dato inmediato, permitiéndoles ganar profundidad en aquello que están leyendo, discutiendo o investigando, debiera volverse "espiritual" – es decir, motivo de apertura y profundidad -. Toda la institución educativa debiera tener como misión, entonces, evitar la superficialidad en cualquier actividad que proponga, abonando en todos sus miembros esa capacidad de oír, cada uno según su modo, la bondad y belleza que habita aquello que hacen.
3. La tercera idea refiere al tipo de formación espiritual que las instituciones católicas debieran imaginar para sus estudiantes. Cualquier propuesta debiese evitar una formación que implique condiciones de vida difícilmente realizables por estudiantes promedio. Expresemos esta idea en términos visuales: ¿cuántos de nuestros estudiantes tienen un lugar en casa para llegar y guardar silencio o dedicar un tiempo tranquilo a la lectura? No estamos preguntando cuántos deben estudiar y trabajar, si cuentan con dinero para comprar libros, o museos para apreciar arte. La pregunta es más básica: ¿cuántos cuentan con un lugar tranquilo en casa? Según la UNESCO, sólo el 39% de los jóvenes entre 18 y 24 años ingresa a la educación superior; y de ese 39%, solo 1/3 tiene una habitación para estudiar solos. Más allá del ejemplo, queremos hacer el siguiente punto: la propuesta espiritual de una institución católica debe cuidarse de ser una propuesta elitista.

4. Cuarta idea: la formación espiritual de los estudiantes debiera ser responsabilidad de todos y cada uno de los miembros de la institución, en particular del cuerpo docente. Quienes previamente hayan realizado la experiencia de la profundidad en sus propias disciplinas podrán llevar, con más naturalidad, a sus estudiantes a lo hondo de los mismos contenidos. De hecho, quienes han cultivado en profundidad sus disciplinas perciben cuando algún estudiante sintoniza con las grandes búsquedas y quiere ir más allá, ayudándolos así a tenerle "cariño al mundo". Solo quien se ha enfrentado con las grandes preguntas de su disciplina - esas que incomodan e incluso atormentan -, podrá acompañar a sus estudiantes a profundizar en aquello que están estudiando, sin tener que impostar búsquedas. Y esto será un gran regalo para los estudiantes que quieran acercarse a Dios: porque quien tenga familiaridad con la profundidad de la realidad, será muy sensible a religiosidades superficiales, a propuestas supersticiosas o cualquier acercamiento a lo religioso que suponga retroceder a modelos pre-modernos.
5. Aquí el quinto y último punto: así como debiéramos confiar en los docentes, también debemos confiar más en nuestros estudiantes. La mayoría de ellos son más inteligentes y hábiles que nosotros a la misma edad. Si los desafiamos bien, se vuelven rápidamente curiosos e inquietos intelectualmente. Desconfíen, entonces, de quienes culpan a sus estudiantes de todos los problemas del sistema educativo. Si nosotros aquí presentes nos hemos distraído mirando el teléfono varias veces, ¿qué esperamos de nuestros estudiantes que deben sufrir eternos monólogos o deben leer textos que ya no inspiran? Muchas veces, su distracción habla más de nuestra superficialidad en lo que enseñamos que en la capacidad real de nuestros estudiantes por entusiasmarse por la bondad y belleza de las cosas.

Hasta aquí nuestra presentación.

Terminamos diciendo lo siguiente: si somos creyentes, debemos confiar que Dios habla a nuestros estudiantes en medio de lo que ellos realizan, y que ellos son capaces de oírlo. Solo debemos ayudar a que este encuentro se produzca, sin violentar ese diálogo poniendo, en boca de Dios ni de los jóvenes, palabras que no vienen al caso. A las instituciones católicas nos toca, antes que cualquier cosa, formar en la capacidad de alteridad y apertura con la certeza que el Señor, si lo estima, incluso hará escuchar a los más sordos. Acompañando a nuestros estudiantes a lo más profundo de lo real, cultivando así su capacidad de apertura, quizás ellos mismos encuentren, en aquello que hacen, una voz que les habla.